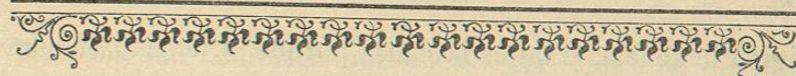


de hombres en quienes la mala educación, las circunstancias, el abandono, formaron hábitos viciosos, así se favoreció el desarrollo de la parte afectiva (pasiones) del hombre que tiene inmediata dependencia del organismo, principalmente del sistema nervioso, cuyo centro es el cerebro, y así pueden determinarse desarrollos ó hundimientos parciales; pero no por esto deben sentarse como principios, proposiciones más que dudosas; no se deduzcan consecuencias demasiado generales; no se presuman causas ilusorias; ni menos se desconozca el poder de la libertad, viéndola perdida bajo la horrible tiranía de un órgano, como el de los *tonos* ó el de la *alimentividad*.

Las observaciones hechas en los hospitales, manicomios, etc., pueden también reclamar su parte de verdad, por tratarse de estados anormales, morbosos, que quizá determinen una manifestación en la masa encefálica.

Finalmente, acerca de hombres célebres, el juicio va ya prevenido por el conocimiento y fama de sus aptitudes y se corre el peligro de alucinación, hallando más lo que se desea ó se quiere encontrar que lo que haya en realidad. Curioso sobremanera sería confundir un cráneo de éstos con otros muchos cráneos de hombres vulgares, por supuesto sin previo conocimiento ni de la existencia de tal confusión, y ponerlos delante de un frenólogo de las ínfulas del Sr. Pacheco; quizá en vez de sabios aparecerían estúpidos, como sucedió con Laplace, según refiere el Emmo. Sr. González.¹

¹ Philosophia Elementaria.



CAPÍTULO II.

LOS PERIODICOS. ARTICULOS FILOSOFICOS.

CONSIDERACIONES GENERALES.

DESDE que nació y se dió á conocer la prensa periódica, se la ha considerado generalmente como uno de los mayores y más poderosos elementos con que cuenta la causa de la civilización; pero la triste experiencia ha enseñado, que si bien han existido y existen publicaciones donde colaboran el saber y la buena fe, hay otras que son el refugio de la ignorancia ó la malicia, pues no faltan hombres que carecen de la suficiente aptitud para comprender la sublimidad de la misión del periodismo, ó les falta la necesaria honradez para cumplirla. De todo se abusa, pero hay abusos que por la naturaleza de los bienes que falsean, son muy trascendentales y funestos.

El liberalismo, que bastante se ha extendido, y cuyos adeptos han ocupado en muchas naciones los puestos públicos, han proclamado en todas partes, como uno de los principales artículos de su credo político, la libertad de imprenta; pero á decir verdad, como todas las libertades hijas de la revolución, traspasa los límites que la razón bien di-

rigida le señala, y tal es la causa porqué, ó no han sabido reglamentarla convenientemente, ó no han tenido suficiente é inflexible energía para hacer respetar sus leyes.

La prensa así considerada, no es como benéfico río cuyas cristalinas aguas aprovecha el prudente agricultor para fecundar sus campos, sino como desbordado torrente que en cambio de algunos bienes producidos por coincidencia, destruye los más preciosos sembrados y echa por tierra las más risueñas esperanzas.

En efecto, al paso que con dificultad, al menos entre nosotros, se emplea para difusión y defensa de las sanas doctrinas, sirve de vehículo al error aun en sus fases más repugnantes, como la impiedad que insulta los más sagrados sentimientos de un pueblo, y lanza las más atroces calumnias contra instituciones y clases respetabilísimas, y así la libertad se perjudica á sí misma porque estorba á la plena y desembarazada difusión del bien, y esteriliza, casi por completo, la grande eficacia que, siendo bien dirigida, debiera tener en el adelanto intelectual y moral de los pueblos. Lo repetimos, el hombre abusa de todo, siempre que puede y quiere resistir á la fuerza moral de la razón y de la fe, de la voluntad y de la gracia que le inclinan al bien; pero mucho más cuando se autoriza el abuso; y más aún cuando se garantiza la impunidad, como ha sucedido en algunas naciones con la libertad de imprenta.

Siempre que se trata de ensalzar la misión del periodismo, salen á relucir las altisonantes palabras de *sublime misión, influencia regeneradora, apostolado del progreso, heraldos de la civilización*, etc., etc., pero no todos los que entonan ditirambos á la prensa saben ó procuran especificar, no todos definen, no todos distinguen entre los oportunos medios que aceleran la marcha del hombre en pos de la verdad y del bien, y los que la retardan; entre los que aseguran la consecución del fin y los que la ponen en duda;

entre los que conducen por línea recta y los que desvían por extraviados caminos.

Es gloria exclusiva de la Iglesia Católica, aunque se la haya calumniado presentándola como tiranizadora del pensamiento, haber sabido contener en términos lógicos la libertad propia de la verdad en todas sus manifestaciones, morales, doctrinales, científicas, literarias, históricas, artísticas, y la intolerancia para el error que directa ó indirectamente contradiga sus dogmas y su moral. Por esto á su prudente suspicacia, á su ardiente celo se ha llamado oposición á la ciencia. Afortunadamente hay monumentos impecederos que vienen marcando de siglo en siglo su marcha bienhechora.

Y es ignominia de sus enemigos haber esgrimido siempre contra ella el arma de la calumnia y haber expuesto á las inteligencias á todo yiento de doctrina.

En pésima hora llegaron al mundo las falsas ideas que, refinadas por la propia malicia de nuestro siglo y del que le precedió, y de cada una de las naciones, se les ha denominado modernas, y que señalan como común enemigo á la Iglesia Católica. Los desgraciados que de ellas se dejaron seducir, fueron desde el principio hijos de la revolución y se lanzaron á la revolución, siempre inquietos soplaron el fuego de la discordia; fueron extremadamente volubles; ciegos por la insaciable ambición y presa de famélica avaricia, procuraron satisfacerlas por medios maquiavélicos, explotando y engañando al pueblo con apariencias de celo por su bien: mintieron con escandaloso cinismo prometiendo las delicias de paradisiaca felicidad y en la práctica tiranizaron á los católicos con violentísimas leyes; fingieron hipócritamente respetar todos los ajenos derechos, como la más eficaz garantía de la paz, y pisotearon del modo más grosero el derecho de propiedad, el derecho natural y divino. . . . ¿á dónde iríamos á parar enumerando sólo las ha-

lagüeñas ilusiones y las amargas decepciones en personas y hechos que han tenido lugar en las naciones católicas de Europa y América?

Concretándonos á nosotros, vemos que se empeñó terrible lucha en el campo de batalla y en el no menos agitado de las ideas. En el primero ganó la fuerza física del liberalismo, como Dios sabe y la historia tendrá que aclararlo; pero en el campo del derecho y del raciocinio, no se han contestado aún las enérgicas protestas, las nobles exposiciones, y se conserva en pie la severa razón, la inflexible justicia indignadas ante el sofisma.

Heroica época fué sin duda para México, aquella en que aparecieron hombres del temple y decisión de los Illmos. Sres. Vázquez y Portugal y Munguía, y todos los dignos compañeros que tuvieron, en el episcopado, entre los sacerdotes, y aun entre los seglares. La lucha hizo que se revelaran las aptitudes, y vense acerados polemistas, hábiles razonadores y siempre acérrimos defensores de la doctrina, de la política, de la libertad, de la filosofía y de todos los intereses católicos. La historia, cuando hayan desaparecido los que por conveniencia la falsean, hará justicia á los insignes varones que en medio de las más calamitosas circunstancias, estuvieron siempre del lado del derecho y de la verdad; que en medio de la revolución supieron asociar en su grande alma la religión y la patria, siendo la primera una garantía de la independencia, felicidad y engrandecimiento de la segunda; que, cuando el error tomaba incremento, ellos conciliaban en las propias y ajenas inteligencias la fe y la ciencia; y cuando el vicio invadía los corazones, ellos procuraron conservar su voluntad sujeta á la gracia. Atentos á las elocuentes enseñanzas de la historia, no se alucinaron locamente por utopías de éxito más que problemático, completamente incierto; si resisten á las reformas, si insisten en las huellas del pasado, no es para detenerse

fatigados, menos para retroceder por cobardía, menos aún por cálculo para explotar á las masas populares, acusación calumniosa lanzada contra los católicos, ¡no! sino para dar seguros pasos siguiendo á la maestra de la vida, para aprovechar sus luminosas lecciones y continuar así la línea recta que conduce por el verdadero progreso y prepara brillante porvenir á los pueblos.

En ese tiempo y entre nosotros, el periodismo se tomaba muy á lo serio. Los más exagerados reformistas aguzaban su entendimiento, recordaban las argumentaciones de las escuelas para dar visos de verdad al sofisma; parece que se esforzaban por convencerse de sus propios errores. Y los hombres del catolicismo, ¡qué estilo! ¡qué erudición! ¡qué vigor de raciocinio!

Hemos tenido en México interesantísimas publicaciones periódicas que han sido honra de nuestra patria. No intentamos escribir ahora la historia del periodismo, pues además de que las circunstancias de aislamiento y ocupaciones en que nos encontramos,¹ hacen que tal empresa sea por nosotros punto menos que irrealizable, no sería éste su oportuno lugar, porque la mayor parte de lo que llena las columnas de los periódicos, se refiere á la información de sucesos de actualidad y poco ó nada se relaciona con la especie de ideas cuya marcha nos hemos propuesto reseñar, si no es que expresamente se consideren los hechos bajo el respecto de que son una manifestación de las ideas.

La identidad de ellas determina casi iguales acontecimientos históricos, con las naturales modificaciones que imprime la índole propia de los pueblos, y las mil circunstancias que dan especial fisonomía á los hechos. Lo que iba siendo un suceso consumado por la revolución en algunas naciones católicas de Europa, iba siendo en la nuestra una larga y continua amenaza, y al ejemplo de los publicistas

¹ Escribíamos esto en Zinacantepac.

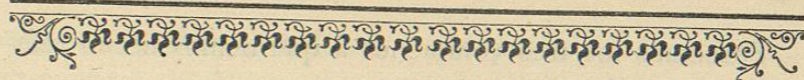
Europeos, se levantaban los nuestros con igual denuedo, y, quizá no estemos lejos de la verdad, si aseguramos que de aquéllos, quien más ha influido en los publicistas católicos mexicanos, fué Balmes que ha gozado siempre de envidiables simpatías, y cuyas obras se han impreso aquí y se han leído bastante.

Diez y ocho días antes de que el Cura D. Miguel Hidalgo diera en el pueblo de Dolores el *grito* que resonando en la nación entera rebelaba á México contra su poderosa dominadora, nació en España el inmortal Balmes, y ya en 1840 la vivísima luz de su genio iluminaba al mundo, y pocos años más tarde descendía al sepulcro una de las más grandes y más legítimas glorias del pueblo que nos gobernó por el espacio de tres centurias.

La benéfica influencia de Balmes como filósofo y como infatigable defensor de la Iglesia Católica, en el terreno histórico-filosófico, hízose sentir en todas partes. Todas sus obras, al aparecer, fueron saludadas con estrepitosos aplausos; desde las "Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del Clero," hasta los últimos artículos de periódico que salieron de su infatigable pluma; todos sus escritos fueron buscados con afán; leídos con avidez, excitando la admiración de amigos y adversarios; unos se asimilaban su doctrina, otros la respetaban como la imponente voz de la razón; se imprimieron en varios lugares, se tradujeron á diferentes lenguas y circularon con excepcional fortuna.

Y había razón, porque del campo católico tan terriblemente combatido por encarnizados enemigos, salía un heraldo que con el arma poderosa de lógica inflexible, acercaba las doctrinas y los hechos á la meridiana luz de los principios filosóficos.

Siendo esto así, no podemos menos que ocuparnos de algunos periódicos, pero fijando la atención en los artículos propiamente filosóficos.



CAPÍTULO III.

"EL CATÓLICO."

I

ÉPOCA Y PLAN DE ESTE PERIÓDICO.

EL sábado 30 de Agosto de 1845 salió á luz el primer número de *El Católico*.—*Periódico Religioso, Político-Cristiano, Científico y Literario*.—Dedicado especialmente al Illmo. Sr. Dr. D. Manuel Posada y Garduño, Arzobispo de México, y á todos los demás Señores Obispos de la República.

Este periódico se publicaba semanariamente el día sábado, siendo el 21 de Febrero de 1846 cuando terminó el primer volumen. El 28 del mismo mes y año, empezó el segundo, que se acabó el 22 de Agosto. El 29 del dicho mes y año se dió principio al tercer tomo que se cerró el 27 de Febrero de 1847. Tal fué la primera época del semanario de que venimos hablando.

Anuncióse la segunda época, pero solamente se publicaron cinco números, y hubo que suspender las tareas, á causa de las terribles circunstancias porque atravesaba la nación, y que hacía difícil la comunicación de la capital con los Estados. Terminó, pues, el 1º de Mayo de 1847.